

La bella historia de la Navidad Lucas 2, 1-20

“En cuanto adoramos el nacimiento de nuestro salvador, celebramos también nuestro propio inicio” (San León Magno)



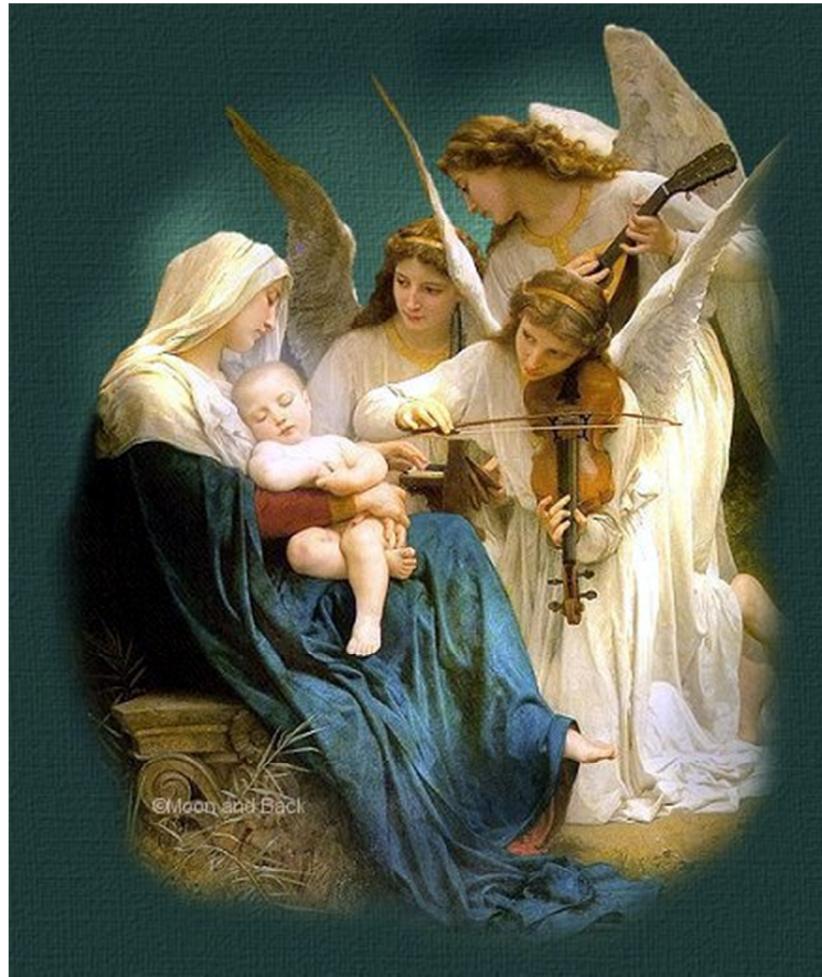
Recibamos este grandioso día diciendo junto con uno de los mayores cantores de la Navidad que ha conocido la historia: *“Hoy la Virgen da a luz al Trascendente, y la tierra le ofrece una gruta al Inaccesible; los ángeles y los pastores lo alaban, y los Magos tras la estrella avanzan, porque hoy ha nacido por nosotros, cual Niño Pequeñito, el Dios que existe desde antes de los siglos”* (Romano el Melode, S.VI, “Contaquio”)

Una inmensa alegría nos embarga en este día, es el gozo de Dios que nos invade y nos hace cantar y festejar. San Efrén el Sirio habla de estos sentimientos navideños describiendo la llegada de este día como la emoción del encuentro con un rostro amigo: *“Este día es semejante a ti; es amigo de los hombres. Regresa cada año a través de los tiempos; envejece con los viejos, y se renueva con el niño que ha nacido... La naturaleza no puede hacer lo menos; como tú, este viene en ayuda de los hombres en peligro. El mundo entero, oh Señor, está sediento del día de tu nacimiento... Por eso que este año sea semejante a ti, que traiga paz entre el cielo y la tierra”*. Celebremos esta solemnidad de la mano del Evangelio, siguiendo paso a paso en el evangelio de Lucas la Historia de la Navidad:

- Veamos cómo se cumple el anuncio del nacimiento.
- Acompañemos a José y María en las peripecias que rodearon el parto.
- Saludemos la navidad de Jesús junto con los ángeles y participemos en el coro celestial que proclama la significación que el recién nacido tiene para la humanidad.
- Alabemos a Dios con la admiración de los humildes pastores, representantes de los pobres de la tierra y marginados de la sociedad, testigos privilegiados del magno acontecimiento.

- Guardemos como un tesoro, como el mejor secreto que decantamos en nuestro corazón, así como lo hizo María, cada instante, cada palabra, cada signo cada rostro, cada emoción.

Nada parece ser casual en el evento histórico en el que el Todopoderoso Dios deja ver su rostro en el Salvador recién nacido en las más humildes condiciones pero rodeado de dignidad desde el cielo por la alabanza celestial y cubierto en la tierra por el cariño de su madre.



Sigamos el hilo del relato de Lucas 2,1-20 (cuyos primeros 15 versículos leemos en la Misa de Medianoche y los restantes en la Misa de la Aurora) observando cuidadosamente cada una de sus tres partes:

1. El marco histórico (2,1-3)
2. El nacimiento de Jesús (2,4-7)
3. El relato de los pastores (2,8-20)

1. El marco histórico: armando el escenario (2,1-3)



1Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. 2Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. 3Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad.

Jesús nace en el rincón más apartado del mundo. Pero antes de ello, como si quiera partir de lo macro para descender a lo pequeño, el evangelista Lucas nos transporta primero a los fastuosos palacios imperiales sobre el Palatino de la ciudad de Roma. De allí sale un decreto con la firma del emperador que ordena un censo de los habitantes de su imperio: “**Salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo**” (2,1).

Por otra parte la manera de empezar el relato ya es significativa. Con la frase “**Sucedió que por aquellos días**” (2,1a), una forma lucida de escribir digna de un historiador-teólogo como Lucas, quedan yuxtapuestas las noticias anteriores sobre Juan Bautista, quien “**vivió en lugares desiertos**” aguardando “**el día su manifestación a Israel**” (1,80), con los días de un acontecimiento secular y de magnitud imperial como es el censo ordenado por Augusto. El contraste repentino entre el desierto y su profeta con el gesto arrogante de un emperador es enorme, pero da acertadamente un buen punto de partida.

Es paradójico, pero en la práctica Lucas nos anticipa lo que al final se dirá en los Hechos de los Apóstoles, y es que estas cosas “**no han pasado en un rincón**” (26,26).

Veamos entonces algunas pinceladas que le dan el colorido al escenario de la navidad

1.1. César Augusto: los intereses del Amo del mundo

El emperador César Augusto entra en la historia de la navidad como punto de referencia que ubica los acontecimientos desde el punto de vista externo, pero también su mención –por contraste– permite captar la dimensión interna, la importancia del nacimiento del hijo de Dios.

Un hombre que se cree divino

El “**César**” es el título que lleva el emperador (ver también 3,1; 20,22.24-25; 23,2). En este caso recae sobre el emperador Octaviano, quien reinó entre los años 31 aC y 14 dC. A éste el senado romano le concedió, en el año 27 aC, un título latino que lo exaltaba como una “**divinidad**”: “Augusto” (en griego se dice “sebastós”, es decir, el altísimo, el divino). Sus sucesores se seguirán atribuyendo el honroso título.

Con base en su autoridad divina y como Sumo Pontífice de su propia religión que se articuló en torno al proyecto político-económico-militar denominado “Pax Romana”, el Augusto sometió todos los países de su imperio prometiéndoles a cambio de su fidelidad una gloriosa prosperidad.

El censo: una acción de sometimiento

Para asegurar sus ingresos administró un sistema de impuestos (sin impuestos un gobierno no tiene como sostenerse) basado y justificado por el vasallaje. Es aquí donde entra el evento del “Censo”: la estadística de los miembros de su imperio, con el inventario preciso de sus bienes, actividades comerciales y rentas, le permite establecer un sistema de control de los ingresos de las arcas imperiales. Todos los bienes de los países conquistados se consideran propiedad personal del emperador. Los “censos” empeoraban las exigencias y agravaban la dominación. Es por eso que los “censos” no eran bien vistos.

El “decreto” imperial (en griego “dogma”) por medio del cual se ordena la realización de un censo parece decir que abarca todos los habitantes del imperio: “**ordenando que se empadronasen todos los habitantes del mundo**” (=el “mundo habitado”, que es la manera como se autodenomina el Imperio). Aunque un censo de estas proporciones parece improbable, Lucas nos lo cuenta para que podamos captar cómo andaban las cosas en ese tiempo: ¡La tierra de Dios, sometida a un patrón extranjero!

1.2. Quirino: un gobernador romano prestigioso pero discutido

La repetición de la palabra “censo” (2,1.3.5) le va dando el hilo a la primera parte de la historia. Ahora, en segunda instancia, aparece el realizador del censo en la provincia romana de Siria: Cirino. Se dice que “**Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino**” (2,2).

Esta provincia romana de “**Siria**” (desde el año 64 aC y con Antioquía como capital) incluía dentro de sus territorios a Judea (territorio éste que después del año 70 dC tendrá autonomía como provincia romana), aunque mientras tanto se le permitía una administración propia (ver 3,1).

Cirino (en latín “Quirinus”, más exactamente: “Publius Sulpicius Quirinus”) es presentado como “**gobernador**” (en el sentido estricto de “Legatus Augusti pro Pretore”). Las provincias senatoriales eran gobernadas por procónsules, pero las imperiales, que tenían un fuerte control militar, tenían gobernadores.

De él sabemos poco, pero su hoja de vida reporta esto: durante doce años estuvo a la cabeza de una banda de bandidos en las fronteras de Galacia; después de comandar una guerra en el norte de África, fue ascendido a cónsul romano en el año 12 aC. Se le conoció como guía y supervisor del joven príncipe Gayo César en Armenia (3-4 dC) y luego como legado de Siria entre el 6-9 dC. Murió en torno al año 21 dC (Anales de Tácito 3,48).

El censo cuya realización debía garantizar la autoridad de Cirino parece que no fue el único (“**Este primer empadronamiento...**”). No se duda de la historicidad (lo confirma el “Lapis Venetus”; CIL 3 Suplemento No.6687), pero puesto que las fechas del censo no parecen coincidir con las del nacimiento de Jesús, se ha tenido que acudir a diversas hipótesis.

Según Lucas, como consecuencia del decreto, “todos” debían viajar a sus propias ciudades. Se sabe que esto se hacía con mayor razón si las personas tenían propiedades en otro lugar. Este deber de ir a la propia ciudad, en el territorio patrio, se aplicaba a los pueblos conquistados; un signo más de dominación.

1.3. En consecuencia: las tres dimensiones del escenario

Las coordenadas geográficas, históricas y teológicas quedan establecidas.

Los datos iniciales no están puestos solamente por satisfacer la curiosidad académica, éstos intentan conectar la historia del nacimiento de Jesús con la historia mundial: Jesús nace en un contexto, en un tiempo y en medio de unas circunstancias políticas concretas. Además, como lo muestra una y otra vez la Biblia, Dios se puede valer del “hágase esto” de un gobernante terreno para llevar a cabo propósitos superiores más importantes. Sin quererlo, el mandato imperial termina siendo la causa del nacimiento de Jesús en el lugar que lo acreditaría como legítimo Mesías, descendiente de otro rey, uno de quien la proclamación de su “Señorío” relativizará el supuesto “señorío” –su título y la estrategia político religiosa que fundamenta su poder– del emperador terreno. Además, el emperador romano que era considerado y exaltado por todos como “portador de la paz”, será contrapuesto a aquel que trae la verdadera paz de Dios. Entonces, hay mucho más que una simple ubicación en el tiempo y en el espacio, ya que no se trata solamente de un evento mundial que influye en las circunstancias del nacimiento de Jesús sino del anuncio de que este nacimiento de Jesús tiene también incidencia mundial. El proyecto de Dios subvertirá el del emperador que acaba de entrar en el escenario con su gesto de afirmación de su poder absoluto.

2. El nacimiento de Jesús (2,4-7)



4Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, 5para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. 6Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, 7y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento.

En el enclave histórico descrito, ahora sí entran los personajes implicados directamente en la Navidad: José, María y Jesús.

José aparece como un hombre que cumple la ley, no participa en la rebeldía de los zelotas contra Roma. En obediencia al edicto emprende viaje desde Galilea hasta la montaña de Judea (“**sube**”). El motivo: su pertenencia “**a la casa y la familia de David**” (dato que había sido anticipado en 1,27). El viaje atravesando el país de norte a sur no fue corto: Belén estaba en ese entonces a unos 7 kilómetros de Jerusalén y a 144 kilómetros de Nazaret. Es decir que el trayecto hasta Belén debió emplear al menos tres días.

Nos encontramos de repente en Belén. Su nombre tenía como etimología popular “casa de pan”. Fue el lugar donde David nació y donde según Miqueas 5,2 el Mesías debía nacer. Jesús, quien gracias a José se inserta en la descendencia de David, nacerá por esta eventualidad histórica en la ciudad de David, lo cual le concede a Jesús las credenciales de Mesías.

María, por su parte, es presentada como “esposa” (o “prometida en matrimonio”) de José. Se deja entender que ella estaba viviendo con él, aunque el matrimonio no hubiera sido consumado todavía (ver Mt 1,25). El viaje de una mujer en avanzado estado de gravidez ciertamente era riesgoso tanto para la madre como para el niño.

Justo al llegar a Belén se completan las semanas para la hora del parto (ver 1,6).

Jesús viene al mundo en calidad de hijo “primogénito” de María (Pablo lo subrayará en Romanos 8,29 y Colosenses 1,15). De esta manera se pone de relieve la dignidad particular de este niño y se comprende mejor por qué es consagrado a Dios con especial solemnidad en el Templo (ver 2,22-24; poniendo en práctica Ex 13,12; 34,19). Nace el “Hijo” anunciado por el Ángel Gabriel en 1,31-33, al cual le cabían tantos títulos.

Este destaque de la dignidad divina del Hijo hace ver más el contraste, ya de por sí sorprendente, con la descripción de las circunstancias del nacimiento.

Jesús nace como todos los niños del mundo y es atendido como tal. Pero Lucas se detiene en dos detalles de las acciones que realiza la madre:

(1) ***“Le envolvió en pañales”***

Era habitual en los tiempos bíblicos que el pañal consistiera en una gran tira de tela angosta y que los niños fueron envueltos en ellas para mantener sus miembros estirados.

Con el profeta Ezequiel comprendemos que los primeros cuidados que se tenían con un recién nacido era: cortar el cordón, lavar con agua, frotar con sal y, finalmente, envolver en pañales (ver Ez 16,6). Colocar el pañal permanecerá como el símbolo de todos los cuidados. Como dice el libro de la Sabiduría:

“Al nacer, también yo respiré el aire común, caí en la tierra que a todos nos recibe y mi primera voz, como la de todos, fue el llanto. Me crié entre pañales y cuidados” (7,3-4).

Un detalle tan sencillo se convertirá en el signo del reconocimiento del Mesías (ver 2,12). Lo que se quiere decir es que se trata de un recién nacido: un ser humano en la máxima fragilidad. ¿Será este un verdadero “signo” cuando podía haber tantos otros niños recién nacidos?

(2) ***“Lo acostó en un pesebre”***

Lo que sí no es común es que haya sido recostado en un pesebre.

Un “pesebre” era el comedero de los animales, un espacio inapropiado para un recién nacido.

La tradición ha visto en torno a Jesús recién nacido algunos animales. Aquí no se menciona la presencia de animales, si bien no es improbable. La presencia de los animales fue insertada en esta historia de Navidad a partir de las citas de Isaías 1,3: **“conoce el buey a su dueño, y el asno al pesebre de su amo / Israel no conoce, mi pueblo no discierne”**. Los animales irracionales cuestionan nuestra incomprendión –voluntaria o no- del misterio.

El hecho es que Jesús no encontró espacio para él en la sociedad humana en los primeros instantes de su estancia en la tierra, excepto los brazos amorosos de su mamá. Esta será la condición de vida de Jesús: **“Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tienen donde reclinar la cabeza”** (9,58).

En cualquier caso no había un cuarto privado disponible para el nacimiento y María y su niño fueron privados del más mínimo confort. Desde el siglo II dC proviene una tradición que sitúa el nacimiento de Jesús en una cueva (así el Proto-evangelio de Santiago 18-19; Justino; Orígenes). Por esta razón el emperador Constantino hizo elevar una basílica en Belén sobre una cueva (actual basílica de la Natividad). Pero el NT no habla de cueva. Si bien las cuevas son muchas veces utilizadas para acomodar animales, por eso se procuraba construir casas cerca para

aprovecharlas con este propósito. De todas maneras la tradición de la gruta no invalida lo dicho sobre el pesebre.

Los dos gestos forman una unidad

El nacimiento de Jesús sucede en la extrema pobreza. Paradójicamente, quien viene a salvar al mundo aparece ante el mundo como un necesitado de ayuda, de cercanía y de valoración. Serán precisamente los humildes del pueblo los primeros que lo comprenderán y le ofrecerán el espacio humano requerido. Por lo pronto, el Mesías que no recibió la digna recepción de la sociedad humana solamente cuenta con los cuidados tiernos de la madre, esos gestos que generalmente no ven o en los que pocos reparan, pero que rápidamente se olvidan. Es el lenguaje mundo del amor que no todos entienden.

3. El relato de los pastores (8-20)



Justo cuando se ha dicho que el nacimiento de Jesús ocurre en bajas circunstancias, entran en el escenario los pastores, lo representantes del pueblo humilde y despreciado de la tierra. La nota de rechazo preanunciada en el espacio digno que no encuentra el Mesías al nacer, es equilibrado ahora por la de la acogida simple pero sincera del pueblo ordinario, humilde y necesitado que recibe la revelación divina y le responde con su visita y su adoración. Ellos son escogidos como testigos privilegiados del nacimiento de Jesús.

3.1. *El anuncio (2,8-15)*

Hay una iniciativa de Dios. Es él quien escoge comenzar la evangelización por este lado de la sociedad: “**Había en la misma comarca unos pastores...**” (2,8).

(1) Los pastores

No ha faltado quien ha dicho que podría tratarse de los propietarios del lugar donde estaba el pesebre. Esto es posible puesto que los pastores sabían dónde estaba el pesebre, pero Lucas no nos dice nada al respecto.

Lo que sí parece más claro es por qué son escogidos: por pertenecer al estrato más bajo de la sociedad. Si es verdad que en la poesía helenista los pastores representan el ideal del mundo

paradísíaco, en general eran mal vistos por el pueblo: algunos los consideraban maleducados y ladrones.

Una serie de datos nos da Lucas en 2,8:

- Ellos estaban “**en la misma comarca**”, o sea en los alrededores de Belén.
- “**Dormían al raso...**” (2,8), es decir, estaban afuera, a la intemperie y el cielo abierto era su dormitorio. Esto sucedía sobre todo entre los meses de Abril y Noviembre, cuando las condiciones climáticas lo permitían.
- “**Vigilaban por turno durante la noche su rebaño**”. Este era el comportamiento habitual. Existían cooperativas de pastores, lo cual les permitía establecer turnos entre sí para cuidar de los ladrones y los animales salvajes los rebaños de todos en el redil, en cuanto los demás descansaban.

(2) La aparición del Ángel del Señor (2,9-12)

“9Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. 10El ángel les dijo:

“No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: 11os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; 12y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre””.

El Ángel aparece repentinamente y se aproxima. La ambientación nocturna pone de relieve la irradiación de la “**luz**” de “**la gloria del Señor**”, la cual es signo de la presencia divina (ver 9,34; Hechos 12,7). La irradiación de “gloria” parece provenir del mismo Ángel.

La reacción inmediata es el “**temor**” (ver 1,12-13), la cual es adecuada para el evento porque es una manera de expresar que reconocen estar ante el mismo Dios.

El Ángel entonces hace el anuncio.

Primera parte: del temor a la alegría (2,10)

“No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo”



El mandato a “no temer” va acompañado de la razón: él es portador de buenas noticias que serán causa de alegría. Por lo tanto, la conciencia de estar en la presencia de Dios (“temor”) los debe llevar más bien a escrutar en el momento histórico presente los signos concretos de su novedosa presencia. La “**alegría**” que van experimentar es un signo de salvación, de plenitud de vida: saldrán de la tristeza, del abandono, de la marginación, de la desgracia y verán coronados sus sueños. Ellos aparecen como los primeros destinatarios, pero Dios está pensando en “**todo el pueblo**”. Ya no habrá más exclusiones (ver cómo el evangelio va tratando el tema: 1,10; 2,31; 3,21; 7,29; 8,47; 9,13; 18,43; 19,48; 20,6,45; 21,38; 24,19). El nacimiento beneficiará a todos los que escuchen esta noticia sobre Jesús. Esta forma de hacer el anuncio del nacimiento de Jesús tiene un gran parecido con la manera como se anunciaba el nacimiento del emperador: “*el día del nacimiento del dios fue el comienzo para el mundo de las buenas noticias debidas a él*” (Inscripción Priene, 9 dC aprox.; OGIS 458). La contraposición entre el “Augusto” y Jesús, a quien ahora se le van a dar sus títulos, es clara.

Segunda parte: el contenido de la Buena noticia y razón de la alegría (2,11)

“Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor”



Se anuncia del “**hoy**” de la salvación en el acontecimiento presente, en un hecho histórico concreto como lo es un nacimiento. El sello mesiánico no falta: “**en la ciudad de David**”, como profetizó Miqueas: “**Y tú Belén de Éfrata...**” (5,1).

El Mesías que ha nacido recibe dos títulos:

“Salvador”. Es un atributo divino. Por tanto se anuncia que Dios viene en ayuda de su pueblo a través de Jesús. Zacarías nos había preparado con su cántico para este glorioso momento (ver 1,69.71.77), ahora es una realidad.

El hecho que este término también se le aplicara al emperador romano y a otros gobernantes helenistas, que fuera corriente en algunos movimientos religiosos de la época (el culto de Esculapio, por ejemplo), señala inmediatamente el contraste con las instituciones políticas y religiosas del momento, las cuales dicen pero no ofrecen la salvación.

“Cristo Señor”. ¿Qué categoría tiene este “salvador”? El salvador es visto como el “Mesías-Yahvé”, su intervención en la historia es una manifestación de Dios. Esto es tan importante que el mismo Pedro luego confesará su fe reconociéndolo como **“Cristo de Dios”** (9,20).

El término **“Cristo”** significa “ungido”, “destinado para una misión”. Porque proviene de Dios, Jesús es un “ungido de Dios” y es “rey” (ver 23,2). Ya desde la anunciaciόn se había hecho la proclamaciόn: **“El Señor Dios le dará el trono de David su padre y reinará por siempre sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin”** (1,32-33). Cuando llegue la hora la pasión Jesús no negará su realeza (22,30.67-69) y mostrará cómo ejerce esta realeza respondiendo a la oraciόn del bandido: **“Acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”** (13,42)

Tercera parte: el signo de la verdad del mensaje (2,12)

“Y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”



Finalmente el Ángel le da a los pastores una señal que confirma la verdad del mensaje (como ocurre en el Antiguo Testamento; por ejemplo: Ex 3,2; 1 Sm 2,34; Is 37,30). El propósito no es sólo identificar al niño diciendo dónde se encuentra (ver Mt 2,9) sino también de esta manera autenticar la proclamación mesiánica. La señal es que los pastores encontrarán un niño recién nacido y acostado en un pesebre. El propósito no tanto identificar dónde se encuentra el niño sino en su reconocimiento como Mesías: el Mesías prometido será encontrado en las más humildes y bajas condiciones que desdicen de su dignidad. Esta paradoja no es normal.

(3) *La alabanza celestial* (2,13-14)



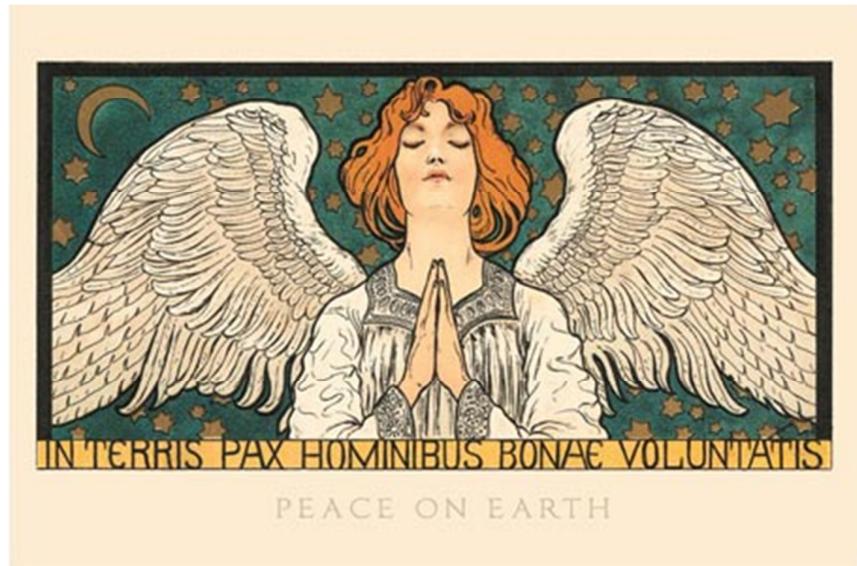
“13Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: 14”Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace””.

Los signos siguen. Enseguida aparece un signo del cielo: al Ángel del Señor es acompañado por los ejércitos celestiales. Casi una parada militar celebrativa, pero del cielo; o más exactamente una solemne liturgia que se percibe desde la tierra, una vez que los cielos han sido abiertos.

Los pastores tienen ante sus ojos una manifestación (decimos “una teofanía”) del Reinado de Dios: un evento digno del nacimiento del Rey. De esta forma la “gloria del Señor” que comenzó a manifestarse con el Ángel, llega a su momento apoteósico.

El canto celestial, que es ante todo un himno de alabanza dirigido a Dios, tiene dos líneas que se complementan entre sí.

- Glorifica a Dios en el cielo, donde él habita (ver 1,78). Dios ha dejado ver su majestad y los ángeles la celebran proclamando que sólo a él le pertenece. Esta se ha revelado en la venida de su Hijo.
- El efecto en la tierra es la paz. Aquí la paz es un don de salvación. En el relato anterior Zacarías había dicho: “**Para guiar nuestros pasos por el camino de la paz**” (1,79). La venida del Mesías tiene un efecto social (ver Isaías 9,5-6; Miqueas 5,4), gracias a él se entabla una nueva situación de paz entre Dios y los hombres, de cual se derivan muchas bendiciones.



El don de la paz es para los hombres amados por Él. Es una acción que proviene del beneplácito de Dios, de su condescendencia (como cuando Jesús dice en una oración: “**Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito**”, 10,21). Dios escoge libremente a los que salva. Es decir, que la salvación no depende nuestros méritos humanos sino de la amorosa y gratuita iniciativa de Dios.

(4) *La reacción de los pastores (2,15)*



15Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: „Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado”“

Los ángeles regresan a la morada de Dios, el cielo. La luminosa escena acaba y se escucha ahora solamente la voz de los pastores que toman la decisión de ir a Jerusalén.

Ellos van a ver “**lo que ha sucedido**” (literalmente: “el evento que ha sucedido”; ver 1,37) y se les dio a conocer en primer lugar. Dios no ha tenido secreto con ellos.

3.2. La visita al pesebre (2,16-20)

Parece ser ya una constante bíblica: así como María después de la anunciaciόn “va de prisa” (1,39) donde Isabel a ver el signo anunciado (una anciana estéril embarazada; 1,36), también los pastores “fueron a toda prisa” (2,16^a) a verificar el nuevo anuncio del Ángel del Señor.

La búsqueda tiene éxito: “**encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre**” (2,16bc).

Los pastores parecen encontrar otras personas del vecindario (hay un plural genérico). El evangelista entonces nos describe tres reacciones frente al acontecimiento:



(1) Los oyentes: la admiración ante la revelación

Los que están allí presentes (“**todos los que lo oyeron**”, 2,18^a): se llenan de admiración: “**se maravillaban de lo que los pastores decían**” (2,18b). Estas reacciones que parten del pesebre continuarán a lo largo del evangelio (ver 2,33; 8,25; 11,14). Con esta reacción dejan entender que están ante una revelación.



(2) María: el silencio que medita

“María”, por su parte ve la situación desde un punto de vista más profundo: “**guardaba todas estas cosas**” (2,19^a). En contraste las reacciones de admiración en la algarabía de los presentes ante el pesebre, el silencio de María presiona en otra dirección: ella penetra el sentido de lo que ha sucedido. Precisamente ella, a quien se le había anunciado la gran dignidad de su Hijo nueve meses atrás, ahora, después de largo adviento, lo tiene ante sus ojos. Ella sostiene una tensión mental, afectiva y espiritual hacia Jesús; se vuelva sobre él.

También “**las meditaba en su corazón**” (2,19b). La serenidad espiritual es importante y básica, pero los eventos tienen que ser ponderados con inteligencia y sensatez (ver Hch 4,15; 17,18). María intenta captar la unidad de los acontecimientos para captar su significado correcto.

Un ejemplo de lo que ahora María hace nos lo da la escena del nacimiento de Juan. Allí se dice que todos los que oían las noticias “**las grababan en su corazón**” (1,66^a). Para ello se preguntaban: “**¿Qué será de este niño?**” (1,66b)



(3) Los pastores: la alabanza

Tres etapas se completan: la admiración de los oyentes, la profundización de María y finalmente la celebración de los pastores.

Los pastores no regresan a sus casas de la misma manera, lo hacen “**glorificando y alabando a Dios**” (2,20^a; otra constante del Evangelio: 4,15; 5,25s; 7,16; 13,13; 17,15; 18,43; 23,47).

La celebración no parte de simples sentimientos sino de la conexión entre las palabras del anuncio y la realidad de su cumplimiento: palabra y vida se han dado la mano.

Fue la escucha de las palabras que provenían de lo alto las que les permitieron captar el profundo significado, la gran dignidad de un nacimiento que, si no hubiera sido por ello, habría pasado desapercibido. El evangelio de la Navidad termina en fiesta. De la misma manera veremos concluir este evangelio: “**Volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios**” (24,53).

La última acción de los pastores es su canto, un canto que expresa que han comprendido lo que los sabios del mundo tuvieron dificultad para entender. Parecen anticiparse las palabras de Jesús: “**Padre... has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños... tal ha sido tu beneplácito**” (10,21).

La última actitud de los pastores es una nueva y prolongada mirada hacia Dios. El encuentro con el recién nacido en Belén, el más humilde de todos los nacidos en la tierra, remite a lo más alto en los cielos, de dónde proviene toda gloria y bendición.

Se ha manifestado para el mundo el proyecto salvador de Dios. No hay justificación para que haya ningún tipo de ruina en ningún lugar del planeta. Dios ama el mundo que creó y aquí está para probarlo.

Entre tanto, en medio del bullicio de la fiesta, María permanece ahí en su contemplación, dándole una profunda tensión espiritual a los eventos que rodean la navidad de Jesús. Como bien la retrató san Juan de la Cruz:

“Y la Madre estaba en pasmo que el tal trueque veía: el llanto del hombre en Dios, y en el hombre la alegría; lo cual de el uno y de el otro tan ajeno ser solía” (San Juan de la Cruz)

“El estado de infancia que el Hijo de Dios asumió sin considerarlo indigno de su majestad, se fue desarrollando con la edad, hasta llegar al estado del hombre perfecto y, una vez consumado el triunfo de su pasión y resurrección, pasaron todas las acciones que eran propias de su estado

de aniquilamiento, que el Señor aceptó por amor a nosotros. Y, con todo, la fiesta de hoy renueva para nosotros el sagrado inicio de la vida de Jesús, nacido de la Virgen María. Y en cuanto adoramos el nacimiento de nuestro salvador, celebramos también nuestro propio inicio.

Efectivamente, la generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano: la Navidad de la cabeza es también la Navidad del Cuerpo. Aunque cada uno sea llamado por su vez y todos los hijos de la Iglesia se diferencien en la sucesión de los tiempos, con todo, la totalidad de los fieles, nacida en la fuente del bautismo, así como fue crucificada con Cristo en su Pasión, resucitada en su resurrección, colocada a su derecha del Padre en su ascensión, así también nació con Él en esta Navidad”. (San León Magno)

Anexo 1: Pistas sobre las otras lecturas

Sumario: El pueblo que caminaba en tinieblas vio el surgimiento de una luz grande, dice el profeta Isaías. Los pastores en la noche de Navidad ven esta luz. La gracia de Dios se manifiesta para la salvación de todos los hombres. En la persona de Jesús, Dios le da la paz al mundo. Dejémonos iluminar por la revelación de este misterio divino. En esta noche iluminada (primera lectura), la liturgia nos ofrece un “bouquet” de buenas noticias: fiesta y luz, paz y gozo, gloria y salvación, amor y felicidad nos son ofrecidos como regalos. Los que esta noche nos intercambiamos intentarán significarlos.

Primera lectura: Isaías 9,1-6

Isaías se dirige a un pueblo apesadumbrado que “**camina en tinieblas**”.

Un enemigo avanza hacia él. Entonces el profeta anuncia una esperanza: a las tinieblas les contrapone la luz, a la tristeza la alegría; los signos de la opresión desaparecerán: el yugo, el bastón, el látigo, las botas militares de los enemigos.

La liberación se logrará gracias a una intervención de Dios, así como en otras ocasiones: como “**en el día de la victoria sobre Madián**”. Esta alusión nos remite al libro de los Jueces, donde Gedeón venció al enemigo con la ayuda de Dios.

Luego Isaías anuncia una nueva intervención de Dios: Él le da al pueblo un nuevo rey. Será como el amanecer que disipa las tinieblas. Al ser entronizado como rey, se convertirá en hijo adoptivo de Dios. Enseguida se enumeran los calificativos del nuevo rey, que son otros tantos calificativos de Dios:

1. Dios es un **maravilloso consejero**. Teniendo el poder de definir los proyectos que se realizarán, él le da consejos al rey.
2. Dios es **fuerte**: dispone del poder absoluto sobre el mundo y sobre la humanidad. Él le transmite esta fuerza al rey.
3. Dios es el **Padre de todos los hombres**, los ha creado a su imagen. Él le delega su poder paternal al rey.
4. Dios **hace reinar la paz**. Él invita al rey a hacer lo mismo y lo constituye “príncipe de la paz”. Pero la paz no se establecerá de forma duradera si no se apoya sobre el derecho y la justicia.

Con el nacimiento de Jesús, los cristianos celebramos la llegada del nuevo rey, el Príncipe de la Paz. En el niño del pesebre, contemplamos “¡lo que hizo el amor invencible del Señor del universo!”.

Salmo responsorial: Salmo 95

Este Salmo real (“del rey”) canta el reinar de Dios.

En la primera estrofa el orante se dirige en primer lugar a la tierra para ella bendiga el nombre de Dios: “Cantad al Señor, tierra entera”. Después se dirige hacia el pueblo de Dios para que proclame a todas las naciones las maravillas de Dios: “de día en día, proclamad su salvación”.

El rol del pueblo de Dios es el de testimoniar entre las naciones las obras poderosas de Dios. Sin él, las naciones paganas no conocerán la salvación de Dios.

Viene entonces el momento sublime. El canto es amplio: abraza a todo el cosmos, asociando la tierra con el cielo, el mar con los campos. La naturaleza está en fiesta y los árboles se ponen a danzar. El “**canto nuevo**” celebra un acontecimiento extraordinario: la venida de Dios.

Este Salmo prolonga la profecía de Isaías y anuncia el mensaje angelical de la noche de la Navidad: Dios vino para gobernar al mundo con justicia. Esta venida se concreta en la venida del niño que es recostado en el pesebre.

Segunda lectura: Tito 2,11-14

La “**gracia**” es una palabra bíblica con honda significación. Evoca el favor, la condescendencia gratuita, el don generoso de Dios.

Esta “**gracia**”, que Dios le concede a todo hombre, se ha manifestado en el don que nos ha hecho en la persona de Jesús. Por su parte, Jesús, prosiguiendo el don inaugurado por el Padre, se “ha dado a sí mismo por nosotros”.

El perdón, que no es sino otro nombre de la gracia, tiene la capacidad de renovar el corazón, de purificarlo radicalmente y de hacernos “**su pueblo**”, el pueblo que Él reúne y que, como su Señor, actúa en bien de todos.

Anexo 2 Para quienes animan la celebración dominical

I

El tiempo de la Navidad comienza en la tarde del 24 de Diciembre, con la Misa de la Vigilia, y se prolonga hasta la Solemnidad del Bautismo del Señor.

II

Aunque la Misa de la Vigilia tradicionalmente es poco valorada (generalmente se le da más importancia a la « Misa de Medianoche » o «Misa de gallo »), conviene celebrarla allí donde se celebra la misa vespertina por la tarde. Para el día de la Navidad se prevén tres Misas (de la Media noche, de la Aurora y del Día). Cada una tiene sus oraciones y lecturas propias. Con relación a las lecturas, la rúbrica del Leccionario permite alguna libertad de escogencia entre las propuestas. Con todo, no hay que omitir en la Misa de Media Noche el tradicional relato de la Natividad según san Lucas, ni tampoco, en la Misa principal del día.